

BIOGRAFIA ESPAÑOLA.



DON FERNANDO DE ANTEQUERA.



En Medina del Campo, villa antes tan nombrada y opulenta cuanto hoy oscurecida y humilde, vió la primera luz el infante D. Fernando, en ocasión que celebraba allí cortes su padre D. Juan I, para convenir en la conducta que debería observar Castilla durante el gran cisma que por espacio de medio siglo trajo consternada á la iglesia, revueltos los estados y turbadas las conciencias de los fieles. Deslizáronse sus primeros años en compañía del príncipe D. Enrique su hermano, ora oyendo las sabias exhortaciones de los dos preladados

sus severos preceptores, ora siguiendo la corte ambulante de su padre, que en continuos viajes buscaba medio de desviar de su ánimo abatido el peso de los negocios y el doloroso recuerdo de Aljubarrota. Aun no había cumplido diez años cuando le fueron conferidos solemnemente en las cortes de Guadalajara los títulos de duque de Peñafiel y señor de Lara, juntamente con la posesión de algunas ricas villas, y el uso de un escudo de armas en que se veían mezcladas las de Aragón y Castilla.

Sobrevino la menor edad de Enrique III, que será siempre memorable por una circunstancia sin ejemplo en los tiempos pasados, y que no se repetirá probablemente en los venideros, cual fué la de no haberse levantado durante ella una sola vez el cadalso por causas políticas; si bien no se echaron de menos los tumul-

tos, rencores, conjuraciones y rapiñas que forman el séquito de toda minoría. Hacíase notable por su audacia y sus riquezas entre aquella aristocracia turbulenta y ambiciosa que se disputaba los altos puestos de la nación, el duque de Benavente D. Fadrique, bastardo de D. Enrique II, que pretendía como en compensación de haberle deshecho el rey D. Juan su proyectado enlace con la heredera de Portugal, le otorgasen la mano de Doña Leonor condesa de Alburquerque, de régia estirpe y de dote tan cuantiosa que aun superaba lo preclaro de su cuna: llamábala el pueblo *la rica hembra*. Los gobernadores del reino penetrados de la conveniencia de que sus inmensos estados no saliesen de la real familia, y mucho menos para engrosar las rentas de un súbdito nada sumiso á quien traía siempre inquieto su desapoderada ambición, al punto que vislumbraaron el blanco de las pretensiones del de Benavente, dispusieron que secretamente se desposase Doña Leonor, que contaba diez y seis años, con el infante D. Fernando; quedando ella solamente ligada con juramento, pues además de no tener el infante edad para prestarlo, estorbábase los pactos con el de Alencastre, cuya hija Doña Catalina debería ser su esposa si se malograba el príncipe D. Enrique. Divulgaron, con la idea de que cuando llegase á oídos del duque renunciase á su designio, que la condesa tenía contraidos esponsales con Diego Sanchez de Rojas, noble y esforzado caballero de Burgos, á quien costó bien cara la malhadada ficción, pues un día á la entrada de esta ciudad fué asaltado y muerto por dos asesinos, á sueldo, según murmuró el vulgo, del codicioso bastardo que de este modo juzgó allanar el camino para el logro de sus deseos. Dió todas las apariencias de certeza á este rumor el haber al poco tiempo demandado formalmente por muger á la Doña Leonor, amenazando, en caso de negativa, sustituirla con una hija del maestre de Avis, entonces rey de Portugal y enemigo acérrimo del trono y nombre castellano. Por evitar mayores males fingió la regencia acceder á su demanda y aun llegó á fijarse el lugar donde habían de celebrarse las bodas. Así se fué ganando tiempo y dilatando mañosamente el cumplimiento de la real palabra, hasta lograr que á trueque de algunos cuentos de maravedís desistiese de su empeño. Cumplidos por el rey los catorce años, se llevó á cabo su concertado matrimonio con Doña Catalina, y entonces se ratificó y publicó el de el infante.

Desde este tiempo hasta los postreros días del rey, apenas suena en la historia el nombre de nuestro héroe. Solo se hace de él mencion con motivo de haber restablecido en 1403 la antigua y noble orden militar de la Terraza, instituida por el rey de Navarra Don Garcia VI, estinguida con el trascurso del tiempo, restaurada por D. Fernando, y últimamente refundida en la del Toison de oro.

Con el año de 1406 acabó también la vida de Don Enrique III. En su testamento designaba para regentes á la Reina y al Infante, y encomendaba la guarda y educación del heredero de la corona á Diego Lopez de Stúñiga y á Juan de Velasco, altos funcionarios del Estado; mas D. Fernando volviendo por los derechos de la naturaleza no consintió que el augusto niño fuera arrancado del regazo maternal, acallando con algunas monedas las reclamaciones de los guarda-

dores testamentarios. Acibararon los últimos instantes del rey Enrique terribles dudas sobre la lealtad de su hermano al huérfano que habia de crecer á su sombra, sabía el amor del pueblo hácia él y que le miraba sino como la cabeza, como el brazo derecho de la monarquía. Disculpable recelo en quien descendía en grado muy cercano de un usurpador fraticida. No eran infundados los temores de Enrique en cuanto á la fidelidad de sus vasallos, pues apenas cundió la nueva de su muerte, hasta los mas señalados pedían á el infante como una gracia se ciñera aquella corona que quedaba rodando en la cuna de un niño. Mostróse aquel inflexible y reprendió severamente á los que tal deslealtad osaron proponerle, y para que no se dudara de sus intenciones el primer acto de su gobierno fué proclamar á D. Juan II, con las solemnidades acostumbradas, por rey y señor natural de Castilla.

Antes de morir D. Enrique quedaban ya recavados de las cortes, si bien á duras penas, auxilios para entrar en el reino de Granada á enseñar á aquel rey á guardar mas fielmente las treguas, y prontos los aparatos bélicos para esta empresa, cuya alma era Don Fernando. Impidieronle á este inmediatamente después de la muerte de su hermano que siguiera sus marciales instintos lanzándose á guerrear contra el Granadino, las diferencias que surgieron entre él y la reina en lo tocante al gobierno, diferencias que no acabaron hasta que se dividió en dos partes el territorio de la monarquía, para que cada uno de los regentes pudiese gobernar con independencia del otro. En todo el ámbito de la nación se aclamaba la guerra justa y santa; los nobles dieron treguas á sus rivalidades, los hidalgos olvidaron sus rencillas, y la iglesia abrió sus arcos para contribuir á los gastos de la nueva cruzada. «Todo era cajas, dice Gil Gonzalez Dávila, acicalar lanzas, poner mano á la espada, prevenir caballos, y despertar con el ruido de los clarines los ánimos de los bravos castellanos, enseñados con el valor de sus brazos á poner yugo, y maniatar al Africano bárbaro, confiado en su multitud y aspereza de sus sierras.»

El 13 de Abril de 1407 salió de Segovia la hueste cristiana guiada por el valeroso infante. Detúvola algunos días en Toledo para honrar la memoria de su hermano con suntuosas exequias, y continuando su camino atravesó de paso á Córdoba y entró en Sevilla el 22 de Junio. Aunque su complexión no era *doliente* como la de D. Enrique, con el escetivo calor de aquel país adoleció de tercianas. Creyérase que se inauguraba la campaña con fatal estrella, á no haber conseguido en las aguas de Cádiz por aquellos mismos días una señalada victoria el almirante D. Alonso Enriquez, sobre veintitres galeras que los reyes de Tunez y Tremecen enviaban de socorro á el de Granada, contando solo trece el vencedor.

Púsose en movimiento el ejército el día 7 de Setiembre, llevando D. Fernando como precioso talisman la espada del santo rey cuyo nombre y virtudes reflejaba. Zahara, causa los años adelante de la total destrucción del imperio musulman en España, fué tan pronto avistada como rendida. Siguiéron su destino Ayamonte, Priego, Cañete y otras villas principales: resistióse Setenil, castillo doblemente amurallado sobre una roca aislada, y defendido por un alcaide que habia jurado sobre el Coran entregar antes

la vida que la fortaleza. La porfía de los sitiados y aproximación del invierno desalentaron á la mayor parte de los caballeros, quienes determinaron levantar el sitio y acuartelar las tropas: resolución contraria á la voluntad del infante (1).

A principios de 1408 vino á Guadalajara, donde residia la familia real, solicitando recursos para emprender de nuevo la guerra. Tuvo que luchar para procurárselos con la oposicion de las cortes y del pueblo, y con la suspicacia de la reina, de quien no estaba bien querido por tener ella la debilidad de dar

fácilmente acceso á torpes calumnias de envidiosos malsines. En esta sazón, el rey de Granada enlaquecidas sus fuerzas con los anteriores descalabros, pidió á los regentes treguas por dos años; se le concedieron por ocho meses improrrogables. Espirado este término pasó D. Fernando á Córdoba para activar los aprestos militares, y dar orden en la formación del cuerpo de ejército que habia de seguirle. No estaban acordes los pareceres de caballeros y prelados en cuanto al punto sobre que habia de descargar. Dividían los votos Gibraltar, Baza y Antequera: decidié-



ronse por el último á persuasión del infante. Encerraba entonces Antequera, villa de las mas importantes en que ondeaba el pendon muzlimico, casi la misma poblacion que en el dia, esto es, poco mas de veinte mil habitantes. Alto y espeso muro flanqueado de robustas torres la circunja, y un fortísimo castillo en la cresta de una erguida montaña brindaba á sus guerreros con un asilo inespugnable. El ejército cristiano compuesto de diez mil infantes y tres mil caballos, plantó frente ella su campo el 26 de Abril de 1410. Admiraban los caudillos castellanos lo sólido de su fortificación, la posicion ventajosa de su alcázar y lo

(1) La rapidez con que los historiadores pasan por este suceso sin cuidarse de dar sobre él esplicaciones, puede hacer concebir ideas desfavorables acerca de los talentos militares del infante. El deseo de que el mérito ó demérito de la retirada de Setenil recaiga en quien es debido, nos mueve á trasladar las siguientes líneas escritas por un testigo ocular.

«E si algunos caballeros fueran creídos, la villa se tomara aunque fuera grave de facer; mas ficiéronlo manera guerra parte de los caballeros de Castilla, que eran mal contentos con el infante, é aun non le avian tanto temor nin vergüenza como le ovieron adelante... El infante entendió la razon, é que mucha de la gente se dehubataban de noche, é levantó el real muy descontento é contra su voluntad, é partió dende.»

(Crónica de D. Pedro Niño conde de Buelna, por Gutierrez Diez de Games su alforas. Cap. 24.)

bien preparada que estaba para una defensa. Algun historiador asegura no ser esta la vez primera que en tren de batalla saludaba aquellos muros el ilustre regente (1).

Cuatro meses eran pasados en escaramuzas y ataques parciales sin que los sitiados dejasen ver flaqueza ni diesen señales de venir á partido: estrecho cada dia mas el cerco con los nuevos refuerzos que llegaban al campamento cristiano, asolados los feraces contornos, cortada el agua en mitad del estío y sin esperanza de que los socorriesen, pues los que diferentes veces lo intentaron habian vuelto escarmentados y mal trechos, parecia que ya solo cifraban su gloria en que los conquistadores no triunfasen de una ciudad, sino de un monton de ruinas y cadáveres. (Concluirá.)

JOSE GODOY ALCANTARA.

(1) «Refiere algunos manuscritos que hemos consultado, que siendo D. Fernando general del ejército castellano en tiempo de Enrique III, su hermano la cercó el año de 1403, y trató de apoderarse de ella; pero que penetrado de la dificultad de la empresa, se retiró en breve, sin haber hecho otra cosa que examinar su posicion, y la fuerza de sus murallas.»

(Historia de Antequera por el presbítero D. Cristóbal Fernandez. Cap. 9.)

ESPAÑA PINTORESCA.

LOS ALCAZARES DE CORDOBA.

A la parte de Occidente dentro de los muros de la ciudad de Córdoba, se encuentra una estensa plaza llamada en otro tiempo el Campillo, y ahora el *Campo Santo* por haber sido el lugar donde muchos cristianos en las persecuciones arábigas recibieron la palma del martirio. Desde la época de la dominación romana se levantó en este sitio, como el mas á propósito, la principal fortaleza de la ciudad, y permaneció en los tiempos sucesivos el baluarte y defensa de la población. Los godos tuvieron allí su palacio que labrara Teodofredo, padre del Rey D. Rodrigo: amplióle despues este y le comunicó su nombre. Los árabes, aunque haciendo en él alguna alteración, parece le destinaron para alcázar de sus amires, y despues de la conquista fué poblado aquel barrio con cierto número de gente de guerra para su guarnición. Desde esta época por lo menos varió mucho el aspecto de esta fortaleza que circuia por dos lados el muro comun de la ciudad, y otro particular robustecido á trechos por cubos y torres lo separaba de la población. Dificil es en el día, si no imposible, formar juicio por lo que ha quedado de lo que fué el alcázar viejo en los pasados siglos; pero todavia se conservan lienzos de muralla y torres muy sólidas fabricadas de sillares unas, y otras de argamasa, que se descubren por algunas partes, y por otras se ocultan con casas y huertos en los cuales se ven cubiertas aquellas corroidas y desgranadas moles por el follaje de una vigorosa vegetación que casi las entapiza, llegando algunas plantas trepadoras á encaramarse en lo mas alto de los desmochados cubos.

Varios eran los recintos fortificados, y para pasar de uno á otro habia arcos, algunos de los cuales se han demolido, como uno que estaba en la bajada para las reales caballerizas que allí se encuentran; pero existen otros dos; uno en la misma dirección que el anterior, inmediato á la entrada de las citadas caballerizas, y otro contiguo á una de las torres que mejor se conservan, y está hecha ermita dedicada á nuestra señora de Belén, en otro tiempo nombrada de las Imágenes.

El alcázar de los árabes, que debió ser tan magnífico y suntuoso como convenia al esplendor y riqueza de los califas, fué destruido sin que sepamos el motivo que tuvieron para adoptar medida tan inconsiderada, y que no podemos atribuir al odio tan exagerado con que se quiere suponer por algunos que nuestros ascendientes miraban los monumentos levantados por una raza enemiga y tan discordante en religion: otros motivos, aunque desacertados é insuficientes, debieron tener para ejecutar tan atroz demolición, que todavia perdonó algunos, si bien pequeños restos. A principios del siglo XVII aun se levantaba cerca de la *huerta llamada del alcázar* un edificio sobre dos órdenes de arcos, que segun sospechó el erudito anticuario Pedro Diaz de Rivas, fué el mirador de los Reyes árabes, porque desde allí se descubren las agradables vistas del

rio, puente, alameda, y otros deleitosos paisés, y sus vestigios duraron por lo menos hasta el año de 1770.

Saliendo por la puerta del puente se halla á la derecha el edificio de la *albolafia*, máquina con que los árabes sacaban el agua del rio, la que conducida por el muro iba descubierta á la *torre del Baño* por espacio de 687 pies hácia bajo por un canal cuyas reliquias se descubrían en otro tiempo hasta dicha torre. Llamábase esta *del Baño*, «porque allí, dice el P. Roa, lo tenían los Reyes moros, como hasta ahora lo muestra su rico edificio y la copa de la fuente que salia sobre el suelo hollado de la pieza mas alta, edificada al peso de las vertientes del *albolafia*.» El edificio de esta se conserva convertido en aceña, que es conocida con aquel nombre; mas el arco que lo unia al muro de la ciudad, y por donde pasaba el agua, que era de sillares almohadillados y muy bien construido, ya no existe, porque fué demolido en 1822 por un regidor que se encargó con empeño de mejorar la población, y entre algunas cosas buenas que hizo, cometió muchos disparates. Duró la máquina de la *albolafia* hasta fines del siglo XV, en que se mandó quitar á causa de que con su enorme ruido impedía el sueño á la Reina católica Doña Isabel que se hospedaba en el alcázar, no sirviendo ya en este tiempo para otra cosa que ostentación, por la abundancia de aguas que en aquel habia «de la copa real que allí vemos» dice el P. Roa, la cual es de creer sería el llamado despues *nacimiento* de la huerta del alcázar, que es la que ahora sin que se vea el manantial abastece los estanques y las fuentes.

En la obra que se construyó por los años de 1757 en el Seminario de San Pelagio, situado en el mismo Campo Santo, para ampliar este edificio, se descubrieron haciendo las zanjas para los cimientos varios cañones de plomo como de cañería, que tenia su dirección hácia el *alcázar viejo*, los cuales eran sin duda del acueducto por el que el Rey Abderramen II condujo el agua á su alcázar, segun el arzobispo Don Rodrigo, y los historiadores árabes.

La huerta citada del alcázar, que perteneció al tribunal de la Inquisición, y de cuyo edificio se pasaba á ella por dos grandes arcos, en el día cerrados, fué el jardín del alcázar de los califas. Por dos de sus lados la encierra la muralla de la ciudad y comprende en su recinto algunas bien construidas y elevadas torres. Atravesábala un muro que no ha mucho tiempo fué demolido, en el que habia un arco que daba paso de uno á otro lado. En el muro de Occidente se ve cerrada una antigua puerta de la ciudad que llamaban de los *Sacos* en los tiempos posteriores á la conquista, y es de creer hubo por allí calle pública que conducía á ella, ya por medio de los jardines, ó ya arrimada al muro.

En esta huerta ó jardines del alcázar es donde, segun se cuenta, se mató cierto moro Aben-Hali por celos de su querida, y fué sepultado al pié de un antiquísimo naranjo, conseja de que se aprovechó el Sr. duque de Rivas en su poema de la Florinda, donde canta así:

Tambien tú, Aben-Hali, jóven lozano,
De alfange damasquino haciendo prueba
Revuelves el corcel con blanda mano

Llamando la atención tu gloria nueva.
¡Ay! que víctima á ser de amor insano
Tu destino cruel te arrastra y lleva
A Córdoba famosa, do tu suerte
Será amar, tener celos, darte muerte.

Si, yo mismo, en el muro derruido
De aquella insigne Córdoba, do el cielo
Me dió el nacer, y que jamás olvido,
He visto las señales de tu duelo.
Aun de tu ingrata Zayda allí esculpido
Sin que lo ultraje de la edad el vuelo,
Vive el nombre, que trémulo escribiste
Con la daga que en tí despues hundiste.

En la gran plaza que había delante del alcázar de los árabes y comprendía lo que es hoy palacio episcopal y Colegio Seminario, fué donde el Rey D. Alfonso XI eligió sitio para fundar el *nuevo alcázar*. Para ello compró en 1528 unas casas que fueron de D. Gomez de Sosa y su muger Doña Maria, y otras de Doña Aldonza Martinez, hija de Gil Martinez de Castro y Doña Inés Alfonso, señores de Montoro, y á los PP. Agustonianos el convento que

habian principiado á labrar en aquel parage por el mismo tiempo, y dió á esta órden el lugar en que ahora se halla, ó por mejor decir se hallaba, puesto que todo se ha convertido en ruinas. Este fuerte edificio del alcázar no solo se construyó con el objeto de que fuese habitacion de los Reyes, sino tambien para defensa de la ciudad, y segun creemos, permaneció intacto hasta el fin del siglo XV ó principios del XVI, en que no siendo ya necesario conservar las fortificaciones de los pueblos á causa de la conquista de Granada, se le concedió al tribunal de la Inquisicion para su residencia, siendo probable que entonces lo alterasen cuanto fué conveniente para su nuevo destino.

Todo el edificio es un cuadrilátero formado por un muro de unos trece pies de espesor que tiene cuatro torres, una en cada esquina, de los que la mas próxima á la entrada y nombraban de la *Vela* y de la *Paloma* estaba cubierta por algunas obras sobrepuestas, las que habiendo sido demolidas en estos dias, se ha descubierto que es cuadrada y de sillares almohadillados.



En esta torre estaba el reló que fue trasladado á principios del siglo XVI á la torre del homenaje donde estuvo hasta 1821 en que fué comprado para la villa de Puente-Genil. En esta torre del Homenaje, arrimado á su parte inferior, se veía un balcón á manera de cadalso que servía para las proclamaciones de los Reyes, el cual fué demolido por el regidor arriba citado, en odio sin duda de los autos de fé, sin pensar que no era ese el destino único que tenía y que podría hacer falta en algunas ocasiones.

La otra torre, que cae al Campo Santo, es la llamada en lo antiguo de los *Leones* y despues de *Varillas*, á causa de haber estado preso en un calabozo de ella el famoso estudiante Antonio Vara de Vergara, conocido por *Varillas*, el cual, habiendo

sido reconciliado por la Inquisicion en 1698 por las proposiciones heréticas que sostenía, volvió á reincidir y salió al auto de 13 de Junio de 1723, en el que fué entregado á la justicia y brazo seglar.

Con motivo de fabricar algunas cárceles en el primer tercio del siglo pasado, se descubrieron muchas columnas de la piedra llamada *sal y pez*, de gran magnitud, algunas de las cuales sirvieron para la portada que entonces se hizo, y una para colocar delante de la entrada la imágen de San Rafael que allí existe.

En 1821, abolido el tribunal de la Inquisicion, se destinó este edificio para cárcel, quitándola del que servía de tal en la Plaza Mayor, ó Corredera. En efecto, ninguno se podía encontrar mas á propósito

para este destino por su situación, seguridad y amplitud. Consta pues de 33 piezas, 20 calabozos, 7 patios, uno de 60 varas de largo y 50 de ancho, 4 fuentes, capilla y sacristia, una y otra hermosas piezas de bóveda.

Esta capilla conservaba en tiempo de la Inquisición el título de la del antiguo alcázar, que era San Acasio, la cual parece que antes había estado dedicada á San Eustaquio, y en ella había fundado el Rey D. Alonso el Sabio algunas memorias, de lo que se infiere que aquel antiguo edificio no se destruyó inmediatamente despues de la conquista, y si que duró hasta el reinado, por lo menos, de aquel monarca. Estas memorias parece se cumplian todavía á fines del siglo pasado ó principios de este en una capilla que tenía puesta en el lado del Mediodía hacia el Occidente, cuya parte del alcázar estaba muy maltratada y se conservaba así por los años de 1820. Allí se veía un balcon ó mirador con una balaustrada de piedra calada con varios adornos, la cual, con otras piedras llevadas de diversas partes, se empleó en construir las obras de recreo que hacia su nuevo dueño en la mencionada huerta del alcázar.

Si este edificio fué una respetable fortaleza en el sitio en que fuera construido, en el día no puede ser tenido por tal, y sin embargo, como el mas fuerte de la ciudad ha sido fortificado y guarnecido en estos últimos tiempos de guerras y revueltas en varias ocasiones. Los franceses le dieron este destino con el Colegio Seminario contiguo, y posteriormente, aunque no por mucho tiempo, se ha pertrechado con el mismo fin. En 1822, con motivo de la rebelión de los carabineros reales ocurrida en esta provincia; en 1836, á causa de la venida de la facción de Gomez, que tan desastrosa fué para esta ciudad; y finalmente en 1843 con ocasion del pronunciamiento contra el gobierno del entonces Regente Don Baldomero Espartero fué ocupado por las tropas de este.

LUIS M. RAMIREZ Y LAS CASAS DEZA.

LA CABELLERA DE LA REINA.

(LEYENDA).

I.

Erase que se era un hidalgo portugués, de erizado cuello y marcial apostura; mas joven que viejo, pues apenas frisaba en sus treinta y cinco veranos, y ya tan ducho y famoso por sus caballerescas empresas, que ni en la caza ni en la guerra le aventajaba ningun otro, ya se tratara de acosar al javali con peligro denuedo, ya de hendir por el medio á un descomunal gigante en los trances de batalla. Llamábase este caballero Alonso Carvalho Roussinho de Moya y Castelnovo, y era entre otras cosas cristiano viejo, tan dado á sus devociones y tan lleno del santo temor de Dios, que mas que un hombre de guerra y un galan cortesano parecia á veces ser un ermitaño penitente ó un abad de San Bernardo.

Nadie en la corte del Rey de Portugal le había visto nunca pulsar un laud ni rondar una ventana, ni jamás en ningun torneo ni justa había roto lanzas por ninguna de las ricas y hermosas hidalgas, que se disputaban el blason de ocupar sus pensamientos. No faltaba quien decia de él que había hecho voto solemne de no requerir de amores á hembra ninguna hasta que hubiese vencido en duelo singular á cien caballeros de la prez de Castilla, y fundado un convento con los trofeos de aquellas cien victorias.

Lo que nadie acertaba á esplicar por mas que en ello discurría, era el constante y respetuoso afecto que el bueno y cristiano caballero tributaba á un judío, que le había servido desde su niñez, y le había seguido á todas partes como la sombra al cuerpo. Decíase que este judío (á quien llamaban Isaac el viejo por haberle conocido siempre con mas arrugas y canas que un patriarca de la ley antigua) era muy dado á la Judicaria; y en este dato no bien probado fundaban muchos la privanza que gozaba con D. Alonso, á quien parece no le era tampoco estraña aquella profunda ciencia segun las frecuentes ocasiones que en medio de los campamentos y en los aguardos nocturnos de javalies se le había visto arrobado siguiendo el curso de las estrellas y maneando á guisa de quien echa compases para medir la distancia reciproca de los astros.

Repentinamente habían desaparecido de la corte de Portugal el judío y el caballero, sin que nadie pudiese dar razon del rumbo que hubiesen tomado, si era que de la corte habían salido, ó del rincon en que se ocultaran, si por causas que ellos allá se sabrían, estaban ocultos dentro de la corte. Completamente, pues, seria ignorado el paradero de nuestros personajes, si el autor de esta verdadera crónica no los hubiera visto una mañana temprano emprender juntos, á pie, y disfrazados el camino de Castilla; atravesar la frontera al cabo de una semana de andar viajando por apartadas veredas y desusados caminos, hasta entrar por fin al anochecer de un limpio día de Otoño en la insigne ciudad de Segovia.

¿Qué buscaban en esta ciudad el portugués y el judío? ¿Por qué la noche que pusieron la planta en suelo castellano negaron todo reposo á sus fatigados cuerpos, y en vez de entregarse al sueño, se pasaron casi toda la noche en medio de un encinar, mirando al firmamento, trazando circulos en una pizarra, comparándolos con los que llevaban ya trazados en otra, dándose palmadas en la frente, y recorriendo con la memoria diferentes fechas, diferentes lugares y diferentes nombres? ¿Qué tenía que ver con esta nocturna y silenciosa maniobra la Reina Doña Juana y su recién desposado consorte el Rey D. Enrique el IV de Castilla, para que sus nombres fueran tan frecuentemente repetidos como lo eran por nuestros astrólogos viajeros?

Todo esto seria tambien un misterio, si el veridico cronista no hubiera apuntado en sus pergaminos los mas principales trozos del diálogo de aquellos personajes.

—En fin, Isaac, preguntó el caballero al judío, mientras este continuaba embebido en sus astrológicas combinaciones. ¿Corresponde mi horóscopo de

ahora al que tu ciencia y cariño me sacaron junto á mi cuna?

—Es verdad, respondió el judío con grave acento y sibilinos ademanes: acababais de nacer, cuando por cima de la estancia en que se había colocado vuestra cuna, vi atravesar aquel cometa con una crin, que sulcó casi todo el firmamento y se ensortijaba en medio de su rápida carrera como la cola de una serpiente. El Sol estaba en el signo de *Leo*; y durante la semana anterior á vuestro nacimiento aparecía *Venus* rodeado con una corona de fuego, que esparcía una luz amarillenta como el azufre, mientras que el disco aparente de *Marte* parecía haberse ensanchado hasta presentar á la vista el diámetro de una rodela cubierta de sangre. Vuestra madre próxima á espirar, porque murió en efecto tres horas despues de haberos dado á luz, me preguntó con ansia vuestro horóscopo...

—Y tú la respondiste «Feliz con Marte, desdichado con *Venus*.»

—Eso en efecto respondí; pero aun no lo dije todo, porque vuestro horóscopo indicaba además que vuestras desdichas en amores nacerian de poner demasiado altos vuestros pensamientos.

—Y el horóscopo se ha cumplido, replicó el buen hidalgo arrancando de sus entrañas un suspiro, que el mismo Amadis de Gaula habría puesto en el innumerable catálogo de los suyos.

—Maldita de Israel sea la hora, prosiguió el judío, en que por haceros honra y merced consentí en danzar con vos la que entonces era nuestra infanta, y hoy es reina de este suelo, que pisamos.

—No, Isaac, no maldigas un momento, que ha sido el único feliz de mi vida... ¿Te acuerdas?... Tú tambien estabas allí.

—Los servicios que mi ciencia había prestado á Doña Juana en su larga enfermedad, me abrieron las puertas del palacio.

—Es verdad, y confiesa que las vivas pinturas que me hacías de tu hermosa enferma fueron gran parte á aumentar la llama de mis locos deseos... Tú sabes con cuanta fortaleza pude ocultar mi insana afición aun á ti mismo: tú sabes que no fui yo, sino ella, la que en aquel sarao de palacio alentó con mal disimuladas frases de amor mi cobardía, y me dió atrevimiento para suplicarla que se dignase danzar conmigo...

—Todo eso estaba muy bien; pero decidme ahora, señor D. Alonso, si fué prudente aquel arrebato con que despues de acabada la danza, hincasteis la rodilla en tierra para jurarla no tornar á danzar con dama alguna; con todas las demás palabras que entonces proferisteis y todos los demás extremos con que no parecía sino que os queriais dar á reconocer públicamente por adorador de la infanta... Menester fué toda la opinión de desamorado que en la corte gozáis, para que aquellos extremos no se tuviesen en vos por algo mas que galantería: así como sabe Dios lo que será menester para que al echarnos de menos en la corte, no se nos persiga y lleguemos en fin á saberse que vos habeis venido como un loco á Castilla, y yo que mas loco aun que vos os acompaño para ver á la hija de vuestro Rey, casada con Rey, que aunque no es vuestro, pudiera obrar con vos como si lo fuese.

—Pluguiese á Dios que yo pudiera hablarla un instante, y aunque me costase la vida...

—Bueno y justo fuera ese arrojo y denuedo dignos de vuestro valor, si tuviérais algun importante asunto que tratar con ella...

—Calla, Isaac, calla, que tú no sabes cuan grave empeño de honor y de conciencia me fuerza á buscarla y departir con ella algunos instantes, como te he dicho, pues no necesito mas tampoco para desempeñarme como cumple á un cristiano caballero.

—Pues qué! repuso el judío con sorpresa y marcado acento de reconvencion. Segun lo que acabais de decirme, me guardabais algun secreto...

—Te lo guardaba, y acaso he hecho mal en ello.

—Explicaos, pues, señor D. Alonso.

—No habrás olvidado que durante la enfermedad de que salvaste á la infanta, mandaste que la cortasen el cabello para aplicarla mejor en la cabeza algunos remedios contra el delirio que padecía.

—Me acuerdo muy bien: proseguí.

—Tampoco habrás olvidado que la infanta, burlando todos los temores de cuantos la rodeaban, sintió desde luego en motilarse, con tal de que despues de cortada se acomodase su cabellera con el arte y primor necesarios para que pudiera adornarse con ella, mientras volviese á crecerla el cabello.

—Tambien eso es verdad; por cierto que el barbero del Rey, maese Duran, se ofreció á pulir y rizar la cortada cabellera en la forma y para el caso que la infanta queria...

—Así fué que en efecto el tal maese recibió de manos de la propia infanta la cabellera, diciendo al tomarla lo que era la verdad; que en todas las damas de la corte había un manojo semejante de negros, sedosos y suavísimos cabellos. Ufano, pues, con su tesoro salía de palacio el buen maese Duran, sin pasarle por las mientes que yo estuviera, como estaba esperándole junto á la puerta de su casa, embozado hasta las cejas en mi gaban, y en todo disfrazado de modo que no pudiera ser conocido.

—Y cual era vuestro intento?

—Ten paciencia, y escúchame. Mil veces me habías tú dicho, y yo te lo había creído, y aun lo creo, que segun aparecía en mi horóscopo, y á juzgar por el cometa, que alumbró la hora de mi nacimiento, debían los cabellos de una hermosa ser ocasion de mi buena ó de mi mala fortuna.

—Es verdad que así os lo he dicho. Continúa.

—Pues bien, yo queriendo por una parte contristar la influencia de mi signo, y deseoso por otra de poseer alguna prenda de la tirana de mi voluntad, resolví á solicitar de maese Duran á premio de oro una mecha de los cabellos que llevaba, y á ese efecto le esperé, como os he dicho, en la puerta de su casa.

—¿Y cumplió maese Duran vuestro deseo?

—Súplicas, amenazas, promesas, todo fué en vano, pues no pude recavar de él mas respuesta sino que como leal servidor que era de la infanta, no podía de ningun modo sin su consentimiento entregar á

nadie, y menos á un hombre que ocultaba el rostro, prenda de tanto valor como era lo que yo le demandaba.

—Os respondió lo que cumplía á un buen vasallo.

—Así es la verdad, y yo debí abandonar mi desbordada empresa; pero fuese que me irritara hallar tan firme y honrada resistencia en un miserable pechero, ó fuese que mi deseo me cegaba entonces la razón, el hecho es que desnudando la daga, y poniéndola en el pecho de maese Duran, le dije que cediera ó que moriría. Pero lejos de acobardarse el buen maese con el peligro, sacó fuerzas de su propia justicia, y dando un salto atrás, se puso fuera del tiro de mi daga, y me obligó á desnudar la espada para libertarme de la que llevaba el oculto sin duda, pues yo no se la había visto hasta que encontré su punta amenazándome con mas denuedo y maestría de la que prometían su humilde oficio y baja condición.

—Luego reñisteis?

—Mi brazo como mas esperto logró en breve desarmar el suyo: y asestando yo entonces contra su pecho la punta de mi espada, conseguí intimidarlo hasta el punto de que me entregara la cabellera para que yo tomase de ella la crencha que deseaba. En esto, y atraídos sin duda por el ruido de las espadas, vi que acudían algunas gentes con tal premura y alarma, que no tuve mas remedio para no caer en sus manos sino huir llevándome toda la cabellera, y dejando, como podrás inferir, al pobre Duran en lucha con su miedo, y hecho una estatua con su sorpresa: de modo que cuando pudo hablar y coniar lo sucedido, ya yo había tenido tiempo de ocultarme en lugar seguro, libertándome así de los que salieron en seguimiento de mis pasos.

—Y qué hicisteis despues?...

—Despues... despues conocí todo lo mal que había obrado: pero era ya tarde, pues en cuanto se supo la aventura, no faltaron lenguas maldicientes que suponían ser el robador nocturno algun oculto amante favorecido de la infanta. Por consiguiente declararme yo entonces, era tanto como dar alguna apariencia de fundamento al maldiciente rumor, tanto mas cuanto que el hecho pasaba despues de la escena del sarao, que acabas de echarme en rostro, hace algunos instantes. Resolvime, pues, á guardar silencio hasta contigo, mientras hallaba ocasion propicia de confesar mi falta y de pedir perdon.

—Ahora ya comprendo, dijo Isaac, por qué maese Duran fué encerrado en una torre, y por qué el cuitado permanece aun en ella, pagando culpas que no ha cometido.

—Eso es precisamente una parte del motivo, que á Castilla me trae. Mi conciencia como cristiano y mi honor como caballero me mandan buscar modo de salvar la libertad injustamente oprimida de maese Duran, y lo que es mas importante, la honradez de la infanta, contra quien pesa la sospecha, que se concibió desde el principio. Porque si á oídos del Rey su esposo llega el rumor de esta sospecha, ¿te parece justo consentir que nadie en Castilla pueda poner una tacha al claro honor de nuestra infanta? ¿No me cumple como á buen vasallo acudir al remedio de este daño, que es tambien el remedio de este amor, causado ya de vivir

sin la presencia del objeto en quien se cifra?

—Muy noble y muy bien puesto en vos está, señor D. Alonso tan santo pensamiento ¿pero habeis calculado las consecuencias del paso que vais á dar? ¿no veis que vuestra vida y fama van á quedar espuestas á riesgos muy terribles? ¿Cómo restituiremos el ameniguado honor de la infanta sin arriesgar el vuestro?

—Cuentas son esas, Isaac, que debemos ajustar en llegando á Segovia; porque te juro que en la tal cabellera hay algo y aun algo mas de lo que te he contado.

—¿Hay mas aun? esplicaos.

—Es negocio malo para tratado con un judio: y á fe de cristiano te digo, Isaac, que acaso hay en este asunto algo mas que tratar con el obispo de Segovia que con la infanta y contigo.

—Pues el Dios de Jacob sea con nosotros.

—Sea, si así te place, y prosigamos nuestro camino, pues ya el día se viene á mas andar.

Dispusiéronse en efecto á marchar nuestros viajeros, y echando una amorosa mirada á la tierra portuguesa, que abandonaban en aquel instante, emprendieron aquella jornada, y otras cinco mas, al cabo de las cuales llegaron junto á los muros de la insigne Segovia, donde los hemos visto entrar en el comienzo de esta historia verdadera.

GAVINO TEJADO.

CRONICA.

Las novedades estrenadas últimamente en los teatros de la corte son las siguientes: En el del Principe la comedia de Calderon, *Fuego de Dios en el querer bien*, refundida con mucho acierto por D. Manuel Breton de los Herreros; en el de la Cruz un drama titulado *Juana de Arco*, que ha valido muchos y justos aplausos á su autor D. Manuel Tamayo y Baus y una comedia acomodada del francés con el nombre de *Achaques del siglo actual*, que aunque tiene algunos buenos caracteres y no carece de intencion moral, fué recibida con frialdad á causa de la pesadez y monotonía de sus escenas. En el Instituto está llamando con justicia la atencion el drama *La Alqueria de Bretaña*, que ha logrado un desempeño tan esmerado cual no le ha alcanzado ninguna otra produccion en este teatro en la presente temporada; y finalmente en Variedades se ha estrenado una comedia original en verso, del Sr. Ribot, titulada *Un cuarto con dos alcobas*, que es digna de recomendacion.

ADVERTENCIA.

Deseando ofrecer á nuestros suscritores copias de las mejores obras artísticas presentadas en la Exposicion, suspendemos hasta el número próximo la insercion de la reseña que tenemos ya dispuesta, escrita por persona competente, á fin de dar tiempo á que concluyan los dibujos y grabados que hemos encargado y se estan haciendo con todo esmero y exactitud.

ERRATA. En el número anterior en el anuncio de la Historia de Inglaterra se puso equivocadamente que iria adornada de 135 láminas en vez de decir de 35.

Madrid 1847.—Imprenta y Establamiento de Grabado de D. Baltasar Gonzalez, calle de Hortaleta n. 89.